

EL COMBATE

DIRECCIÓN: A. ALCOBRE

CALLE RECINTO NÚM. 1

ORGANO DE LOS EMPLEADOS DE TRANVIAS — PUBLICACION QUINCENAL



Luz, luz de verdad para los cerebros oscurecidos; rayos de sol moral para esos espíritus de adolescentes, que hoy viven criminalmente sumidos entre la sombra de los prejuicios y de las hipocresías nefastas; guerra á las tradiciones salvajes; guerra á la guerra.

¡Aurora! ¡Aurora! El dolor es como el riego; fecunda. La humanidad puede aún salvarse. ¡Ha sufrido tanto! Levantémos el lábaro de la verdad; sea él quien nos guíe á través de la selva inmensa; fuerza en el cerebro y fuerza en el brazo: Así se llega. Y sino caigamos con los ojos abiertos, de frente al Sol.—ALBERTO GHIRALDO.

EN LA BRECHA

Por las venas de nuestra sangre juvenil corren gérmenes de rebeldías augurales, que como rayos de luz han de penetrar en el cerebro de nuestros camaradas de tareas y han de sembrar la savia fecunda en la mentalidad de los empleados de tranvías de esta capital.

Era necesario que nosotros—los más vejados y los más explotados de todos los productores de la riqueza pública,—tuviéramos un paladín en la prensa que, sin miedos ni cobardías, denunciara ante amigos y adversarios los abusos incalificables que diariamente se cometen con nosotros.

La agrupación editora de esta hoja viene á llenar esta misión reivindicadora, lanzando á la publicidad *EL COMBATE*, á fin de que, como antorcha luminosa, arranque el tupido velo que el siglo XX, no le permite ver claro á muchos de nuestros compañeros.

Por otra parte, los empleados de tranvías no podíamos permanecer más tiempo alejados del consorcio que constituye la gran falange del proletariado en marcha hacia la redención de la humana especie.

Respondiendo á los propósitos, ligeramente delineados, bajamos al campo de la arena periodística, con el decidido empeño de luchar por el mejoramiento económico y social de todos los empleados de tranvías, y de propagar la redención de todas las víctimas de la explotación capitalista y de la prepotencia del Estado.

¿Caeremos? ¿Triunfaremos? A esas interrogaciones respondemos con la fuerza indomable de nuestras convicciones; derrotados ó triunfantes, siempre marcharemos hacia adelante con los ojos fijos en el porvenir.

A la prensa libre á todos los que con el pensamiento y el brazo laboren por la emancipación del proletariado nuestro entusiasta saludo.

LA REDACCIÓN.

A los empleados de tranvías

Dos problemas se nos presentan á los empleados de tranvías, ante los desmanes, siempre crecientes, de las empresas.

Ambos problemas son para nosotros de suma vitalidad, porque ambos significan lucha ó sumisión, muerte ó vida.

Uno de esos problemas es el continuar como estamos, aislados, sometidos á todos los vejámenes que con nosotros se quiera cometer, sufriendo todos los caprichos y todas las morbosidades, desde el pasajero impertinente y grosero, hasta el jefe de estación, cuyo mal humor tenemos que soportar siempre en detrimento de nuestros intereses pecuniarios, y en muchas ocasiones en perjuicio de nuestra propia dignidad personal. En este caso, no tenemos nada que decir y nuestra condición de esclavos está plenamente justificada. Las cadenas si nos oprimen no nos deben pesar.

El segundo problema, más complejo y más difícil si se quiere, es que se adapta—en estos tiempos modernos de lucha—la condición de hombres; es la de rebelarse, la de volver por nuestra libertad perdida, la de recuperar nuestros derechos humanos, porque es bueno que si tenemos deberes ejerzamos también algunos derechos.

Es, pues, este segundo problema el que debemos resolver y el que debe preocuparnos.

¿Y cómo resolver este problema? Si en los empleados de tranvías hubiese una pequeña conciencia, la respuesta estaría dada: LA ASOCIACIÓN, LA FEDERACIÓN, LA LIBERTAD. En estas tres palabras está resuelto el segundo problema.

La elección no nos parece dudosa ni difícil, y creemos que en el deseo y en el sentimiento de cada uno de los empleados de tranvías está la contestación afirmativa: UNIÓN, ASOCIACIÓN.

Vamos, pues, á unirnos; vamos, pues, á asociarnos, para contrarrestar la prepotencia de las empresas que ya empieza á hacerse descarada. Frente al capital, el brazo productor. Frente á la empresa, la sociedad de resistencia, en la que á más de ilustrarnos, adquiriendo conocimientos que siempre son útiles, formaremos el dique, el gran dique, que detenga los avances de la explotación capitalista.

No podemos, aunque quisiéramos, permanecer impasibles é indiferentes. Lo reclaman nuestros intereses; lo exige nuestra condición de hombres

y lo pide á gritos nuestra dignidad de trabajadores.

¿Responderemos los empleados de tranvías á estas aspiraciones legítimas y nobles?

A unirnos, pues, y á exigir derechos ya que se nos marcan deberes. De no hacerlo así mereceremos el desprecio y la frase injuriente de todos los trabajadores que, en este momento histórico, por todos los ámbitos del mundo y á través de todas las fronteras, extienden sus brazos para estrechar sus filas en la Unión y Solidaridad Obrera.

ALEJANDRINO NUBIO.

A lo que vemos

¡Salud compañeros!
Firmes como la roca que en medio del inmenso océano desafía el furor de la mar embravecida, unos cuantos jóvenes, de corazón entusiasta, con algunos compañeros ya viejos en la lucha, nos hemos constituido en grupo para llevar á cabo una labor de reconocida necesidad.

Causa tristeza notar el decaimiento y desorientación que actualmente aniquilan las fuerzas obreras de esta región y especialmente de los empleados de tranvías que ha llegado hasta provocar el desaliento de muchos que en pasadas épocas de memorables luchas demostraron poseer excelente espíritu de rebeldía.

No voy á detenerme ahora á estudiar las causas que han motivado este estado que deliciosamente aprovechan nuestros superiores, desde los más encumbrados jefes, hasta los más míseros instrumentos de los mismos, las causas que nos han conducido al presente estado de cosas han sido varias y estas se manifiestan todos los días en la prensa libertaria, pero es fuerza que desaparezcan todos los males que dividen á los empleados de tranvías, conviene que toda desidencia desaparezca ante la grandeza de la obra rebelde que nos proponemos hacer; necesario es que el fuego de nuestros espíritus y la acción común que despiertan al chocar con la obra fatal del parasitismo purifique todo ambiente engendrador de conciencias.

Inspirados así hemos acordado publicar este periódico que será nuestro paladín, y desde cuyas columnas afir-

maremos nuestros derechos de hombres con tesón, enérgia y convencimiento, y cuyas columnas dejamos á la disposición de los colegas que quieran contribuir con su grano de arena á la obra hermosa que este pequeño núcleo á empezado á levantar, con afán y resueltos fines, nos presentamos ante todos los compañeros de buena voluntad, pidiendo su concurso moral y material. Nos es indispensable; sin él nos sería difícil sino imposible la publicación de este nuevo baluarte.

Si así lo hacéis, el triunfo será nuestro y para acelerarlo, abrimos, repito, estas columnas para recoger las aspiraciones de los que dediquen su haber á la gran causa de nuestra dignidad, hoy proscripta y mutilada.

Un saludo á todos los colegas y á todos los que obren inspirados por los mismos sentimientos que nos animan.

O: saluda á todos.

FERRAGÚS.

La solidaridad

Cada ser real, en tanto que existe, no existe más que en virtud de un principio que le es inherente y que determina su naturaleza particular, principio que no le ha sido impuesto por ningún legislador divino, sino que es la resultante prolongada y constante de una combinación de causas y efectos naturales y que no se haya encerrada en él como un alma en su cuerpo, según la absurda imaginación de los idealistas, sino que es, en efecto, el modo fatal y constante de su existencia real.

La especie humana, como todas las demás especies animales, tiene principios inherentes que le son particularmente propios, y todos estos principios se reúnen ó se reducen á uno solo que llamamos *solidaridad*.

Este principio puede ser formulado de la siguiente forma: «*Nadie puede reconocer su propia humanidad ni por consiguiente realizarla sin reconocer la de los demás. Nadie puede emanciparse sin cooperar á que los demás se emancipen también. Mi libertad es la de todo el mundo, pues yo no seré realmente libre, no solamente en la idea, sino en los hechos, mientras mi libertad y mi derecho no hallen confirmación en la libertad y en el derecho de todos los hombres, mis iguales*».

MIGUEL BAKOUNINE.

¡A la obra!

Como medio de lucha eficaz, principalmente para aquellas agrupaciones de trabajadores que, como los guardas y motorman, se hallan en un estado lastimoso de desorganización y de apatía, la organización es absolutamente necesaria. La sociedad de resis-

tencia, y mejor aún el Sindicato, son agentes poderosísimos para incitar á la lucha á los que, demasiado tímidos ó demasiado cobardes, no se hayan decidido á dar el primer paso en pro de su reivindicación.

La indiferencia no conduce á nada lógico ni bueno. Al contrario, hace del individuo un degenerado que no sirve para otra cosa que para traicionar á sus compañeros de esclavitud y hacer fracasar cualquier movimiento de protesta que se iniciara. Es preciso, a toda costa, imponerse á las empresas, para que aprendan á respetar nuestras individualidades, primeramente, y para que vayan acostumbrándose á ceder ante nuestras peticiones, toda vez que somos los más, los mejores y los que tenemos la razón.

Para lograr ésto, hay que luchar. Los momentos son de prueba y no es propio de hombres doblegarse ante las amenazas de los jefes ó de los capataces. Es una vergüenza que tengamos que trabajar diez y once horas, con un jornal que muy bien puede reputarse de mísero, pues que á duras penas cubrimos nuestras necesidades y la de nuestra familia.

Por lo menos, ¡qué caramba!, tengamos el suficiente coraje para protestar, siquiera para que nuestros hijos aprendan á defender sus derechos y sus libertades.

Desechemos preocupaciones y adelante

Hora es ya que en esta culta y hermosa ciudad, apareciera un periódico, que despojado de todo matiz político, que dejando á un lado la lucha de partidos, y prescindiendo en absoluto del medro personal, viniera á ocuparse del obrero, á defender lo que el derecho y la razón le conceden, á enseñarle á reclamar lo que justamente le pertenece.

Esta es la misión que se impone los fundadores de este baluarte de la libertad; trabajar sin tregua ni descanso hasta la formación de una colectividad, que puede defenderse con seguridad de éxito de los vejámenes y abusos que á diario se cometen por esa clase favorecida de la fortuna y que llamamos capitalistas.

Si analizar vamos la conciencia de cada uno de los individuos, se verá claramente, que todos sin excepción comprendemos la necesidad imperiosa de constituirse, en sociedad; todos sabemos que para conseguir una mejora es preciso indiscutiblemente estar reunidos, puesto que la unión constituye la fuerza; en la masa de la sangre todos á nuestra manera tenemos ideas libertarias y sin embargo si alguien tiene una iniciativa que tienda á favorecer nuestra situación; nosotros para quien únicamente es beneficiosa la idea; nosotros que comprendemos las grandes ventajas que la unión nos proporcionaría; nosotros á quien una voz en nuestro interior nos grita (*aso-*

ciaos, acudid al llamamiento que desinteresadamente os hace). ¿Con qué respondemos? ¿Con la indiferencia; con el silencio!, miramos nacer la idea con entusiasmo, con simpatía, y lejos de apoyarla mostramos una pasividad que muy bien puede calificarse de cobarde é insensata; puesto que con nuestro proceder, al mostrarnos impasibles al nacimiento de una idea tan claramente beneficiosa; la consecuencia inmediata es el desaliento, y el resultado el fracaso; ahora pregunto:

¿Cuál es el motivo que tenemos para mostrarnos rebacios á prestar nuestro concurso? no encuentro por mucho que fusco nada más que uno: *el miedo a una destitución*; y se me ocurre decir: ¿Acaso los patrones tienen firmado con nosotros algún compromiso por el que nos pueda despedirnos siempre que quiera, haya ó no causa que lo justifique? seguramente todos convendréis conmigo; es decir; todos estamos de acuerdo en reconocer que el obrero vulgarmente hablando, está con un pie en la calle y otro en la casa, según la voluntad del patrón; esto es precisamente lo que debe combatirse; para eso es preciso la unión, porque sin ella, no llegaremos nunca á pertenecer á la categoría de personas, seremos siempre considerados como *cosas* que sin voluntad propia se mueven automáticamente á la voz del capataz superior inmediato: *dicen en no órdenes justas hay que cumplirlas, con sumisión, con humildad*; hay que demostrar la docilidad del perro que después de sufrir sin rebelarse, los castigos, que su dueño y señor quiso imponerle, vuelve á rendirse á sus plantas; á lamer la mano que momentos antes blandía el látigo que laceraba sus carnes.

No quiero pensar que en Montevideo, donde estamos rejidos por una República libre; donde están asociadas infinidad de agrupaciones, sean los únicos que permanecen inactivos los empleados de tranvías; ¿Y por qué causa? ¿Por el miedo! permítaseme decir que obrando así hacéis muy poco favor á nuestros patrones, conduciendolos como lo hacéis es tanto como llamarles inquisidores, es claro que ellos tienen que defender sus intereses, pero ¿cuál es el perjuicio que les ocasiona nuestra asociación? muy poco ó ninguno, á lo sumo una indiferente pación en el dividendo que anualmente se reparten y en cambio de esa insignificancia, á vosotros, ¿qué ventajas os reporta? Todos los sabéis, y por tanto no es preciso enumerarlas, solo el convencimiento que lleva al ánimo la satisfacción de haber cumplido un deber es bastante; la mayoría tenéis familia, tenéis hijos á los cuales os pertenecéis, á esos forzosamente hay que allanarles el camino, para que al llegar á la edad en que puedan ayudaros en esta lucha por la vida, no encuentren dificultades; no deis lugar á que algún día vuestros hijos os digan que con vuestras vaci-

laciones habeis muerto sus ilusiones de porvenir.

Para terminar, solo os diré, que sin recelo alguno pretéis vuestro concurso, que no creáis en persecuciones ilusorias, que no puede imaginarse que retrocedamos hasta colocarnos á la altura de los tiempos inquisitoriales, que no otro nombre puede darse á quien pretendiera quitarnos el pan por el solo hecho de manifestar nuestras ideas y defender nuestros derechos; no temáis que vuestro nombre salga á la luz pública; el silencio será nuestra norma de conducta, hasta que podamos decir sin temor á que nos oigan; pudimos vencer el temor que por tanto tiempo hizo enmudecer nuestros labios; tenemos representación en la sociedad; nuestras aspiraciones estan bien definidas; nuestro pensamiento es uno solo y único; si alguien hay que por esta iniciativa resulta víctima de la Burguesía estamos tranquilos, porque nuestro ideal ha sido sembrado en terreno fértil; y á semejanza de un árbol que al podarlo, vuelve á brotar de nuevo con más vigor y lozania, con más deseos de vida, igualmente por cada castigado injustamente por la defensa de esta noble causa, brotarán centenares de compañeros ansiosos de continuar esta obra de redención y emancipación social.

A. A.

Solo y asociado

El espíritu egoísta y avaro de los seres humanos hace que se atañen en procurarse los medios que deben hacerles la vida placentera, sin parar mientes en el dolor universal, hijo de la desigualdad que rije y de los privilegios de clase.

Se precisa ser anormal para vivir feliz entre un mundo de seres que se debaten en la más espantosa agonía, luchando heroicamente por la existencia en medio de atroces privaciones y cruel explotación.

Sin embargo, los hay. Chacales todos los tiempos se elevan por medios reprochables; explotan, roban, asesinan, con la impunidad de conjéneres elevados al poder, que ejercen autoridad y hacen que la balanza de la justicia se incline del lado del oro.

Si seguimos solos y aislados seremos los eternos siervos de los amos, de los ladrones de nuestro trabajo y afanes, de los asesinos de los animosos y altivos, de los que no se rinden á las imposiciones de la bellaquería burguesa.

Por ejemplo: un obrero sólo y sin contar con la ayuda de los compañeros de fatigas, ante el espectro de la miseria que invade el hogar, ante los hijos fanáticos y la desnudez de la mujer, se dirige al patrón requiriendo mayor salario ó disminución de horas de trabajo á fin de regresar al seno de la familia más desahogado al efecto de hallarse en condición nor-

mal para besar á los hijos y atender á la esposa. Todo inútilmente. El patrón no atiende á quien, sólo y sin fuerza, pide. La ley es de *Talión*. Sólo el fuerte triunfa.

Bien dijo el gran revolucionario cubano Maceo: «la libertad se conquista con el filo del machete».

Si el obrero, en vez de hacer oídos de mercader á la Asociación, la atendiera, otra sería su suerte.

Si los partidos políticos son fuertes es porque cuentan con la unión del gran contingente afiliado.

Si el símbolo de Patria es imponente, es porque cuenta con la unión de los que viven bajo su *solio*.

Luego, si la asociación obrera contara con la unión de los explotados, ¿quién sería el más fuerte?

Si un hombre sólo no puede nada lógico es suponer que asociado lo puede todo.

El patrón no atiende al individuo. ¿Y si todos los empleados de tranvías exijieran, unidos, asociados, á la empresa mejor vida, serian atendidos?... Sí; porque el capital no puede vivir sin la mano de obra. Luego, pues, se destaca que, sólo, nada se puede, y asociado, todo se obtiene porque así es la ley de la fuerza apoyada por la razón.

FRANCISCO CORNEY.

A Julián el campesino

Rápida

Te veo ir, pobre hermano, detrás del arado apoyado en la manquera, abriendo el surco en esa tierra que humea al rasgarle las entrañas. Bandadas mil de gaviotas, se detienen junto á tí, aleteando alegremente, mientras que de la tierra que tú, por medio del arado, das vuelta, levantan el insecto vivo que devoran ávidamente. El arado sigue abriendo la tierra, y detrás de él, y las gaviotas formando un iris blanco al rededor... ¡Hermoso cuadro!... Más ¿por qué tú, hermano campesino, no puedes apreciar esa beldad dulcificadora de la vida? Te apena ver á las gaviotas devorando los insectos? Te disgusta que la yunta de bueyes mansos no levanten la cabeza en todo el día? Te duele abrirle las entrañas á la tierra para fecundarla? ¿No? Quieres hablar y decirme qué es lo que más te apena? Puedes ser franco, sincero, soy tu hermano, nada debes temer. Te escucho, habla.

—¿Qué puedo apreciar yo? Nada. Hasta me parece que ya no sonrío la tarde al caer y que las gaviotas, mis únicas compañeras, ya no quieren acompañarme en mis canciones rudas. Desato los barrozos, les levanto el yugo y la mirada que en otros tiempos me dirigían de compañeros mansos, se ha tornado rebelde y penetrante... parece que me reprocharan la tarea que les doy.

—Y tu amo, como te trata?

—¡Ah! El viene á la chacra cada

quince días. Deja señalado el racionamiento para los animales y me indica alguna oveja, próxima á la muerte, para que me alimente yo. Después cruza el rastrojo hasta la tierra arada y me dice refunfuñando: «Has andado despacio, Julián». No me da tiempo ni siquiera á que le conteste, pues sigue: «Para cuando vuelva, llegarás hasta el palenque chico, ó hasta la orilla del bañado». Diciendo esto, castiga el caballo que echa á trotar tirando de la jardinera que le compró á mi padre, con tal de que me diera á él por seis años... y sólo van dos...

—Es decir que tu padre te ha vendido?

—El pleito con don Ignacio, el Juez de Paz del partido, nos dejó á todos en la calle... sin nada... á excepción de la jardinera...

—Y por qué fué el pleito, Julián?

—Fué porque la vaca *mora*, entró á comer el maíz á la chacra del señor Juez.

—¡Ah! Ya entiendo... Es decir entonces, que el Juez del partido, ese señor don Ignacio, dejó en la calle á tu familia, se apoderó de las cuatro vaquitas que tenían, de las dos tropillas de *sainos*, y se quedó tan fresco, y después, por añadidura, otro señor truhan como es tu patrón, se apoderó de tí, valiéndose de la miseria, valiéndose de la destrucción del hogar, valiéndose de los estragos que produce el hambre! Esto es injusto, Julián; tu no debes permanecer aquí un día más. Amanecerás un día muerto de hambre, pisoteado por la yunta ó cortado por la reja! Vendrás conmigo. Serás mi hermano y juntos los dos procuraremos hacer conocer muchas cosas á las gentes. Hoy no conoces nada de la vida, sino injusticias y dolores... mañana... mañana serás un verdadero hombre á quien no podrán *arriar* como á las tropillas, ni vender como á un esclavo!

Dos días después de la entrevista de Pedro con Julián, todo el pueblo sabía de la huída de este último, pero no con quien.

Muchos años después, todo el pueblo hablaba con respeto de dos buenos hombres, que habían levantado un *rancho* en medio de un campo devastado por una guerra, y que cultivaban amorosamente el suelo: Estos hombres, eran Pedro y Julián que vivían alegremente cuidando de sus compañeras, pues se habían unido libremente, y también de las tierras que dejara el padre del primero de nuestros hombres al morir.

CÉSAR DEL PINO.

Montevideo.

Jemblores

Llega el invierno con su corte fatídica, despertando horrores; ya comienza á pincharnos la carne con las puntas invisibles de sus agujas heladas. Los árboles se despueblan de sus hojas; las aves se esconden en sus

nidos; los animales salvajes buscan el albergue de la cueva, todo se espaventa, todo tiembla, y en medio de estos temblores, yo me acuerdo de todos los pobres; de todos los que no tienen pan á pesar de amasarlo; de todos los que no tienen abrigo á pesar de tejer las telas con que se confeccionan los trajes, y á pesar de cazar los animales y curtir las pieles que estos poseen; de todos los que elaboran por toneladas los artículos comestibles y se mueren de hambre; de todos los que bajan al fondo de la mina para extraer el petróleo y no tienen un miserable candil para espantar con su luz las sombras pavorosas de la muerte, cuando ronda sus pocilgas; de todos los que talan los bosques, arrancando á las selvas la exuberancia de sus plantas convirtiéndola en alimento del fuego y no tienen, ni una astilla de leña para calentar su hogar; de todos los que confeccionan calzado y ven á sus hijuelos, descalzados, manchar sus piecitos en el fodo escarchado de la calle, camino de la mendigación, yo me acuerdo de todos, de todos los que sufren los efectos de un régimen social egoísta; de todos los que soportan la lógica de una civilización de barbarie y tiembla de rabia, cuando después de haber pensado en todo esto, deduzco que los mismos que sufren, tienen la culpa de su sufrir, porque aún no han tenido el valor de buscar el origen de su cruda miseria para tener la valentía de proclamar sus derechos.

¿Cuándo llegará el día en que cada hombre que sufre se preocupe de su dolor? ¿Cuándo la hora, en que todos los pobres, los indigentes de todo, se congreguen para conjurar el himno de su redención? ¡Y pensar que todo esto se logrará con sólo considerar lo que somos: todos hermanos!

Llegue pronto ese día en que todos los que sufren, se cobijen bajo una bandera: la de la solidaridad. Trabajemos por su llegada; avicinémoslo; unámonos.

MÁXIMO L. SILVA.

De los ejércitos y de la guerra

Con tal astucia aconsejaron los clérigos á los bárbaros señores que hicieron de la sociedad tupida red de tiranías y vasallajes, dentro de cuyas mallas siguen aprisionados los pueblos.

De las mentiras religiosas crearon la obediencia, la resignación y los odios sectarios. De las ferocidades conquistadoras, las patrias, las políticas y las leyes. De la mayor inteligencia, una fuerza insuperable que encadenó á los sencillos. Y después de tanto engaño, se inventó la superchería de que los trabajadores, *desheredados de toda propiedad*, tienen la obligación de defenderla. Increíble éxito obtuvieron los tramosos. So pretexto de ataques ó despojos de tierras y riquezas, ya robadas

al pueblo por cuantos las poseen, instituyeron los ejércitos y á ellos acude el proletariado para remachar sus grillos y volverse propio verdugo.

No acaban de comprender los trabajadores que el terrible sofisma de la defensa pública, es el puñal traidor que les asesina por la espalda; que el ejército es el mismo pueblo, suicidándose; los hijos matando á sus padres, los hermanos á sus hermanos, los esclavos de uniforme á los de blusa; ni quieren ver, tampoco, que, pervertidos por la maldad del oficio, los hombres armados, á las órdenes de los gobiernos, representan la cobardía en el exterior y el despotismo dentro de la nación respectiva.

Las pruebas, claras como la luz meridiana, son muchas.

El ejército francés, derrotado por Prusia y vencedor en la Comuna.

El ejército italiano, deshecho por Menelik y destrozando á Milán.

El ejército español, vencido por los yankees é inquisidor en Montjuich; diezmado en los campos de Melilla y fusilando obreros en Barcelona.

Donde la resistencia es fiera y enérgica, los soldados huyen. Cuando se trata de obreros indefensos, mujeres y niños, las tropas ametrallan sin compasión. ¡Qué dolor ver esa jauría de quince millones de perros de presa, reunidos por la burguesía, gracias á un miserable rancho y una vil librea, para sostener la *pas armada*, abismo sin fondo, donde inutilizan diariamente cuarenta millones de francos, dejándose de producir otro tanto, y produciendo la abyección sanguinaria! ¿Es posible que dure largo tiempo el espantoso error proletario de seguir nutriendo las ánsias de los ejércitos, mata-huelgas y libertades, apoyo de todas las injusticias?

UN OBRERO.

Criminales

La empresa de tranvía «La Comercial» ha despedido á los empleados Manuel Rejo y Julio Arce por haber asistido al mitin del domingo 22, que como acto solidario con los obreros argentinos celebró la clase trabajadora de Montevideo.

Y esa denuncia, cuya veracidad garantizamos, llega hasta nosotros en tan pocas palabras, tan lacónica, que á simple vista parece la cosa más natural y sencilla del mundo. Sin embargo, compañeros, encierra una gravedad de importancia tal que críspa nuestros puños y subleva nuestro espíritu contra esa empresa explotadora, que no podemos calificar de otro modo que de criminales.

Despedir á dos hombres por haber participado de una reunión de obreros es una afrenta monstruosa que demuestra que los representantes de esa empresa han perdido toda noción humanitaria hacia sus seme-

jantes y que pretenden, por medio de la infamia y de la arbitrariedad, ahogar los asombrosos avances del progreso.

Los representantes de esa empresa no han tenido en cuenta que el separar á dos hombres de sus puestos, por un delito tan nimio,—si delito se puede llamar el participar de una reunión obrera,—representa la miseria de dos hogares, el hambre en dos familias y las privaciones de muchas inocentes criaturas.

Y si esos padres de familia que se les niega el trabajo porque sí, por el gusto de acorralarlos y reducirlos á la miseria, impulsados por la desesperación, dan estallido al odio concentrado en sus entrañas y, sacrificando su libertad y hasta su vida, ejercen violentamente un acto de justicia contra los causantes de sus males, ¿quienes serían, en este caso, los verdaderos criminales?

Accionistas de «La Comercial» contestad vosotros.

R. OSITA.

“La Protesta”

Mañana aparecerá en esta el diario *La Protesta*, que durante 12 días y con motivo de los sucesos que en la vecina capital se han desarrollado ha venido publicándose en forma de suplemento.

Si 13 años de franca y noble pelea, en pro de la emancipación humana, que ha sufrido toda clase de persecuciones y vejámenes de parte de las autoridades, desde el secuestro brutal y arbitrario, hasta el saqueo é incendio de su imprenta, desde las prisiones injustas á el destierro de los que han colaborado en sus columnas, no fuesen una franca y noble recomendación, para todos los oprimidos que anhelan el advenimiento de una era de fraternidad y armonía entre los seres humanos, tendríamos igualmente los obreros que prestarle nuestro concurso, pues su obra ha sido, es y será de pelea frente á las arbitrariedades é injusticias de las autoridades y los capitalistas.

Una hoja de publicidad que, frente á esa mal llamada prensa burguesa, defienda los intereses de los productores, debe ser apoyada á todo trance.

¡Los guardas y conductores harán obra en pro de la reivindicación de sus derechos suscribiéndose á *La Protesta*.

Nuestra hoja á domicilio

Los empleados de tranvías y los compañeros en general, que deseen recibir «EL COMBATE» en su casa ú otra cualquier dirección, pueden dirigirse personalmente ó por carta á la Dirección del periódico, y se le remitirán los ejemplares que necesite.